



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Segunda Sesión

Guía de trabajo para la segunda sesión

1. La Gran Guerra, el Perú y las impresiones del joven Juan Croniqueur. p.3
2. La Gran Guerra: lucha de clases e imperialismos, colapso de imperios y luchas nacionales. p.4
3. La crisis de la II Internacional: algunas cuestiones del marxismo frente a la guerra. p. 5
4. Complementario: Rosa y Lenin sobre la Social Democracia frente a la guerra. p. 6

Conferencias:

Literatura de guerra

(pronunciada el 22 de junio de 1923) p. 10

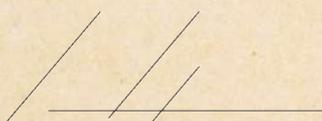
El fracaso de la segunda internacional

(pronunciada el 30 de junio de 1923) p. 12

La intervención de Italia en la guerra

(pronunciada el 6 de julio de 1923) p. 15

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



CONFERENCIAS

Material de Trabajo – Segunda Sesión

Sobre los textos:

Para la segunda sesión los temas que nos convocán serán los de la segunda, tercera y cuarta conferencia, que se detallan a continuación:

- “Literatura de guerra”, pronunciada el 22 de junio de 1923.

Las notas de la conferencia se publicó en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos¹. **(Anexo 1)**

También se puede revisar la nota periodística del 26 de junio de 1923, la cual se publicó en el diario *El Tiempo*.²

- “El fracaso de la segunda internacional”, pronunciada el 30 de junio de 1923.

Las notas de la conferencia se publicó en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos. **(Anexo 2)**

También se puede revisar la nota periodística del 2 de julio de 1923, la cual se publicó en el diario *La Crónica*.

- La intervención de Italia en la guerra, pronunciada el 6 de julio de 1923.

El material manuscrito se publicó en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959) y se encuentra actualmente en el Archivo José Carlos Mariátegui **(Anexo 3)**

¹ Digitalización realizada por el Partido Comunista del Perú, Patria Roja, incluida en la sección en español del Marxist Internet Archive.

² Revisar la nota periodística aquí:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/segunda%20resena%20periodistica.htm

1. La Gran Guerra, el Perú y las impresiones del joven Juan Croniqueur

Jorge Basadre, quien vivió los impactos de la Gran Guerra en primera persona (tenía 11 años en 1914), afirmó que, a diferencia de las guerras napoleónicas (a inicios del siglo XIX) o la guerra franco-prusiana en 1870 (uno de cuyos efectos fue la gestación de la Comuna de París), que no tuvieron impactos directos sobre el país y la región: “La conflagración europea que estalló en agosto de 1914 dejó surtir sus efectos, en cambio, automáticamente en todos los países americanos. Desde el punto de vista económico esta influencia tuvo una etapa inicial de pánico y aguda crisis, y una etapa posterior de bonanza económica y fiscal por el alza de las exportaciones ... por la mayor producción ... y por el incremento del comercio.”³ Más adelante, Basadre añadió: “Si la guerra europea no hubiese estallado, el Perú se habría encontrado en una difícil situación financiera en 1914.”⁴

Si bien la mayoría de la “opinión pública” limeña se inclinaba por la Entente, principalmente por la simpatía por Francia, el gobierno mantuvo una calculada neutralidad hasta 1917. Dos acontecimientos precipitaron la ruptura con Alemania: el hundimiento de un barco de bandera peruana (el *Lorton*) frente a las costas españolas por parte de un submarino alemán; y el ingreso de los Estados Unidos en la guerra (abril de 1917). La versión de Basadre otorga el peso decisivo en la decisión del Congreso al segundo hecho. El gobierno confiscó barcos alemanes surtos en el Callao, pero no tocó a las importantes empresas propiedad de ciudadanos de origen alemán ni afectó el funcionamiento del prestigioso colegio alemán. A diferencia de Brasil y Cuba, por ejemplo, Perú rompió relaciones, pero no declaró la guerra a Alemania. Acierta Basadre cuando titula el análisis crítico del manejo diplomático y de las reacciones espontáneas en la sociedad limeña como “La ilusión peruana ante las doctrinas de Wilson y ante la etapa postrera de la primera guerra mundial”⁵.

La Gran Guerra fue uno de los temas formativos del punto de vista crítico de Juan Croniqueur frente a la modernidad burguesa. Varias de las afirmaciones que encontraremos, desde “Historia de la Crisis Mundial” en adelante, tienen antecedentes en las crónicas publicadas en La Prensa entre 1914 y 1915. Lo afirmó el editor de los Escritos Juveniles, don Alberto Tauro, en el estudio preliminar que se incluye en el tomo 1 de dichos escritos: [Las crónicas de Juan Croniqueur]... “principalmente signadas por las inquietudes que suscitara la Primera Guerra Mundial, nos hacen revivir la zozobra creada por el estallido trágico, el asesinato perpetrado contra el pacifista Jean Jaurés, la conducta heroica del rey Alberto de Bélgica, las temerarias incursiones efectuadas por el aviador Roland Garros, el hazañoso fin del crucero Dresden, las disímiles actitudes frente a la guerra que ante la contienda asumieron escritores como Mauricio Maeterlinck, Pierre Loti y Gabriel D’Annunzio, así como el severo enjuiciamiento de ideologías belicistas”.⁶

Particularmente relevantes son algunas crónicas de los años 1914 y 1915.⁷ El 1° de agosto de 1914, al tener noticia del inicio de las hostilidades entre Serbia y Austria, intuyendo la generalización del conflicto a toda Europa anticipó que tendría “pavorosos caracteres de catástrofe” ... “Miles de años de evolución y progreso” serían puestos en

³ Jorge Basadre, Historia de la República del Perú, tomo 13, p. 154. <http://blog.pucp.edu.pe/blog/stein/wp-content/uploads/sites/734/2020/07/TOMO-XIII-HP-Basadre.pdf>

⁴ Idem, p. 164.

⁵ Idem, p. 219-220.

⁶ José Carlos Mariátegui, Mariátegui total, tomo 2, p. 2157.

⁷ Las citas textuales de los artículos de Juan Croniqueur están tomadas de la recopilación de los mismos en el tomo 2 de Mariátegui Total. La indicación de la fecha facilita su ubicación en dicho volumen o en la edición en 8 tomos de los Escritos Juveniles (Lima, Empresa Editora Amauta, 1987 y ss.).

cuestión por “hombres brutales y sanguinarios”. A los pocos meses se refirió al componente ideológico de la intervención alemana. El 31 de marzo de 1915 recogió la intervención del general alemán von Bernhardt, que proclamaba el derecho de la fuerza que llevaría a Alemania a reorganizar Europa, y lo definió como “Nietzscheano de la super nación”. Al mes siguiente, el 14 de abril, escribió acerca del homenaje del Kaiser a la memoria de von Bismark, el “canciller de hierro”, recogiendo el paralelo que hizo Guillermo II al definir su tiempo como “la época del hierro”. “Época terrible”, añadió el cronista, en la que quizá es su primera alusión a un concepto que alcanzaría pleno desarrollo en los años posteriores. Dos meses más tarde, el 16 de junio, a raíz del hundimiento del Lusitania, barco británico de pasajeros, por parte de submarinos alemanes, el joven cronista comentó con crispación un artículo de un publicista alemán acerca de la legitimidad del uso del terror contra poblaciones civiles.

El tema volvió con fuerza en los meses finales del conflicto. De hecho, sucumbió a la “ilusión” criticada por Basadre. Cuando en octubre de 1918 se comenzó a vislumbrar la posibilidad de la paz, el cronista escribió para su columna Voces un artículo titulado “Paz en la tierra” en el que saludó “el instante de la paz de Wilson” (14 de octubre). El 8 de noviembre abrió su columna con una frase similar: “La hora es de Wilson”. El 12 de noviembre, el reconocimiento se transformó en euforia: “Ahora estamos seguros de que la guerra se ha acabado... Nos alegramos, en una palabra, de que esta paz que reina desde ayer en el mundo sea la paz de Wilson.” ... “Y nos salimos de nuestras casillas cuando nos acordamos de que somos socialistas. Socialistas convencidos. Socialistas ardorosos. Socialistas máximos.” Vale la pena leer el artículo completo, trasunta un estado de ánimo compartido, en ese momento, por millones de personas en el planeta. Al respecto Basadre describe las manifestaciones masivas que se produjeron en Lima en esos días.

2. La Gran Guerra: lucha de clases e imperialismos, colapso de imperios y luchas nacionales

No es el caso, y no es factible, intentar presentar una síntesis de la Gran Guerra, sus causas inmediatas y remotas, sus diversas fases. Se trata de un período histórico complejo que abarca diversos escenarios. El análisis de José Carlos nos ayudará a entender mejor algunos de los factores que estuvieron en juego.

Sin embargo, es recomendable tener una visión de conjunto de lo que sucedió en Europa, y más allá, entre 1914 y 1918. Para una primera aproximación pueden ser útiles los siguientes materiales:

- **La Primera Guerra Mundial**

<https://www.youtube.com/watch?v=Vbu6tH0Hc-o>

- **Eric Hobsbawm. Guerra y paz en el siglo XXI. Capítulo 1. pp. 25-42.**

<https://filosofiadela guerra.files.wordpress.com/2020/01/hobsbawn-guerra-y-paz-en-el-siglo-xxi.pdf>

Más allá de la disputa entre los grandes actores, las grandes coaliciones que se enfrentaron, hay que detenerse a considerar las tensiones internas que contribuyeron a desencadenar el conflicto y que quedaron irresueltas al culminar este.

Por otro lado, es muy importante entender adecuadamente la noción de “guerra total” que el Amauta toma de Thilger y pone en el centro de su análisis del conflicto.

3. La crisis de la II Internacional: algunas cuestiones del marxismo frente a la guerra

Si bien la II Internacional incluía corrientes socialistas diversas, eran los marxistas quienes marcaban la pauta del desarrollo de las posiciones frente a los desafíos de las diversas coyunturas. No es arbitrario asumir que la mayoría compartía las tesis de Engels sobre el tema de la guerra. En el Anti-Dühring, Engels, quien era el “especialista” en temas militares en la dupla M-E, hizo una sucinta revisión de la guerra como industria de la destrucción. Analizando los efectos de la guerra franco-prusiana, concluyó: “Mas, por otra parte, esta guerra ha obligado a todos los grandes estados continentales a introducir en sus países la versión radical del sistema prusiano del ejército territorial y, con él, una carga militar que les hará necesariamente hundirse en pocos años. El ejército se ha convertido en finalidad principal del Estado, ha llegado a ser fin en sí mismo; los pueblos no existen ya más que para suministrar y alimentar soldados. El militarismo domina y se traga a Europa. Pero este militarismo lleva en sí el germen de su desaparición.”

Más complejo fue el debate en torno al imperialismo. La “cuestión colonial” dividió a los partidos de la II Internacional en tanto varios de ellos justificaban los imperios coloniales aduciendo el papel civilizador de las potencias occidentales en África y Asia. Esta cuestión estaba también presente en Europa como “cuestión nacional” bajo la forma del análisis del status de diversas naciones oprimidas por estados imperiales: Rusia, Turquía, Austria-Hungría. Todos ellos “cárceles de naciones” como afirmó Lenin del imperio zarista.

La misma matriz de pensamiento evolucionista y lineal llevaba a algunos a afirmar que el capitalismo del futuro asumiría la forma de un régimen de producción planetario unificado en torno a un único centro de acumulación y decisión: el “ultra imperialismo” de Karl Kautsky. La izquierda de la II Internacional postulaba una visión más bien dialéctica y contradictoria del desarrollo capitalista e imperialista. Este debate teórico, de enormes consecuencias estratégicas, sin duda estuvo a la base de la fractura que provoca la Gran Guerra entre los socialistas de la II Internacional.

Es difícil imaginar lo que representó la quiebra de la II Internacional al ritmo del voto a favor de la guerra por parte de cada uno de los grandes partidos socialistas europeos. Desde su fundación la II Internacional había afirmado la hermandad de los trabajadores y el señalamiento de que el único enemigo “era el capital sea prusiano, francés o chino” (Paul Lafargue). La Conferencia de Stuttgart (1907) afirmó que “la lucha contra el militarismo no puede ser separada de la lucha de clases socialista”. Un Congreso extraordinario en Basilea (1912) aprobó una moción en la cual algunas afirmaciones rotundas están acompañadas de peligrosas ambigüedades:

“Si existe la amenaza de que estalle la guerra, es obligación de la clase obrera y de sus representantes parlamentarios de los países afectados, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que parezcan efectivos, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y la situación política general. En caso de que a pesar de todo estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista.”

No se aceptó la propuesta del ala izquierda para incluir explícitamente el llamado a la huelga general, en caso estallase la guerra, como vía para transformar la guerra en

revolución. Vale la pena leer toda la resolución.⁸ El 29 de julio de 1914 el Buró de la Internacional tuvo una reunión de emergencia en la cual, por unanimidad, se resolvió que “será la obligación de los trabajadores de todas las naciones involucradas no solo continuar sino intensificar sus demostraciones contra la guerra, por la paz, y por el arreglo del conflicto austro-serbio por la vía del arbitraje internacional”.

4. Complementario: Rosa y Lenin sobre la Social Democracia frente a la guerra

1

Para una profundización de la crítica de izquierda a la traición de los principales líderes y partidos de la 2ª Internacional, uno de los materiales más importantes es el llamado “folleto Junius”, escrito por Rosa Luxemburgo durante su prisión en 1915 por su oposición a la guerra.⁹

El texto es un apasionado testimonio y profundo análisis de la “bancarrotas” de la Internacional, y en particular del Partido Social Demócrata Alemán. Como invitación a su lectura, a continuación, algunos extractos:

En general se reconoce que la socialdemocracia alemana es la encarnación más pura del socialismo marxista. Ha adquirido y utilizado un gran prestigio como maestra y dirigente de la Segunda Internacional.

...

Especialmente en la lucha contra la guerra y el militarismo, la posición de la socialdemocracia ha sido siempre decisiva. Bastaba un “los alemanes no lo podemos aceptar” para determinar la orientación de la internacional. Con ciega confianza se sometía a la dirección de la muy admirada y poderosa socialdemocracia alemana. Era el orgullo de todos los socialistas, el terror de las clases dominantes de todos los países.

¿Y qué ocurrió en Alemania cuando sobrevino la gran crisis histórica? La peor caída, el peor cataclismo. En ningún lugar la organización proletaria se sometió tan dócilmente al imperialismo. En ningún lugar se soportó el estado de sitio con tanta sumisión. En ningún lugar se amordazó así a la prensa, se ahogó tanto a la opinión pública; en ningún lugar se abandonó tan totalmente la lucha política y sindical de la clase obrera como en Alemania.

...

¿Era necesario que ocurriera? Un acontecimiento de tamaña importancia no puede ser un mero accidente. Debe obedecer a profundas causas objetivas. Pero quizás esas causas se encuentren en los errores de la dirección proletaria, la propia socialdemocracia, en el hecho de que nuestra disposición para la lucha ha flaqueado, de que nuestro coraje y nuestras convicciones nos han abandonado. El socialismo científico nos enseñó a reconocer las leyes objetivas del desarrollo histórico. El hombre no hace la historia por propia voluntad, pero la hace de todos modos. El proletariado depende en su acción del grado alcanzado por la evolución social. Pero la evolución social no es algo aparte del proletariado; es a la vez su fuerza motriz y su causa, tanto como su producto y

⁸ Es un texto corto (4 páginas) con orientaciones específicas para los diversos partidos presentes en la 2ª Internacional. <https://www.marxists.org/espanol/tematica/internacionales/2da-internacional/9no-congreso-manifiesto-1912-11-25.pdf>

⁹Rosa Luxemburgo, *El folleto Junius: la crisis de la socialdemocracia alemana*, https://www.marxists.org/espanol/luxem/09E1%20folletoJuniusLacrisisdelasocialdemocraciaalemana_0.pdf

su efecto. Y aunque no podemos saltar una etapa en nuestro proceso histórico, así como un hombre no puede saltar por encima de su propia sombra, está en nuestro poder el acelerarlo o retardarlo.

...

Federico Engels dijo una vez: “La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie”. ¿Qué significa “regresión a la barbarie” en la etapa actual de la civilización europea? Hemos leído y citado estas palabras con ligereza, sin poder concebir su terrible significado. En este momento basta mirar a nuestro alrededor para comprender qué significa la regresión a la barbarie en la sociedad capitalista. Esta guerra mundial es una regresión a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la destrucción de la cultura, esporádicamente si se trata de una guerra moderna, para siempre si el periodo de guerras mundiales que se acaba de iniciar puede seguir su maldito curso hasta las últimas consecuencias.

[El texto de Rosa incluye la declaración oficial del bloque parlamentario del PSD en apoyo a la guerra]:

“Nos encontramos ante el hecho irrevocable de la guerra. Nos amenazan los horrores de la invasión. Hoy no se trata de decidir a favor o en contra de la guerra; para nosotros, el problema es uno solo: ¿cómo conducir esta guerra? Mucho, sí, todo nuestro pueblo y nuestro futuro están en peligro si el despotismo ruso, manchado con la sangre de su propio pueblo, resulta vencedor. Hay que evitar este peligro, salvaguardar la civilización e independencia de nuestro pueblo. De modo que cumpliremos lo que siempre hemos prometido: en la hora de peligro no abandonaremos a nuestra patria. En esto creemos estar de acuerdo con la Internacional, que siempre ha reconocido el derecho de los pueblos a su independencia nacional, así como estamos de acuerdo con la Internacional en la denuncia enérgica de toda guerra de conquista. Llevados por estas motivaciones, votamos a favor del presupuesto de guerra que exige el gobierno.”

...

¿Cuándo y dónde ha habido una guerra, desde que la llamada opinión pública ha tenido cabida en los cálculos del gobierno, en que todos y cada uno de los bandos beligerantes no haya sacado con profundo pesar el sable de la vaina, con el único propósito de defender a su patria y a su santa causa contra los vergonzosos ataques del enemigo? Esta leyenda es tan parte del juego de la guerra como la pólvora y el plomo. El juego es viejo. Lo nuevo es que el Partido Socialdemócrata lo juegue.

...

[Las secciones centrales del documento presentan una apretada síntesis de la historia reciente del capitalismo e imperialismo europeo, y en particular del imperialismo alemán. Y el análisis apunta a desmontar sus argumentaciones “nacionalistas” y sacar a la luz el carácter de clase de la guerra]

¿Qué cambió cuando estalló la guerra? ¿Acaso dejaron de existir la propiedad privada, la explotación capitalista y el dominio de clase? ¿Acaso las clases poseedoras, en un raptó de fervor patriótico, han declarado: “en vista de las necesidades de la guerra entregamos los medios de producción, la tierra, las fábricas y las plantas de elaboración al pueblo”? ¿Han renunciado al derecho de sacar ganancias de dichas posesiones? ¿Se han despojado de sus privilegios políticos, los sacrificarán en el altar de la patria, ahora que ésta se halla en peligro? Lo menos que se puede decir es que se trata de una hipótesis bastante ingenua, que parece sacada de un libro de cuentos del jardín de infantes. Y, sin embargo, la declaración de nuestros dirigentes oficiales de que

la lucha de clases está en suspenso no permite otra interpretación. Desde luego que nada de esto ha ocurrido.

...

Reducida a su significación histórica objetiva, la guerra no es sino la competencia armada de un capitalismo plenamente desarrollado que lucha por la hegemonía mundial, por la explotación de los remanentes de las áreas no capitalistas del mundo. Esto otorga a la guerra y a sus consecuencias políticas un carácter enteramente nuevo. El alto grado de desarrollo industrial mundial de la producción capitalista se refleja en el extraordinario avance tecnológico destructivo de los instrumentos de guerra, así como en el grado de perfección prácticamente uniforme que ha alcanzado en todos los países beligerantes. La organización internacional de la industria bélica se refleja en la inestabilidad militar que vuelve la balanza, a través de estadios y variaciones parciales, a su verdadero punto de equilibrio y posterga la decisión final para un futuro cada vez más remoto. Por otra parte, la indecisión de los resultados militares provoca una afluencia constante de reservas nuevas al frente, provenientes tanto de las naciones beligerantes como de países hasta hoy considerados neutrales. En todas partes la guerra encuentra material suficiente para los deseos y conflictos imperialistas, o crea ella misma combustible para alimentar la hoguera que se extiende como un incendio forestal.

...

[El texto concluye con Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional].

2

Como necesario complemento del texto anterior se puede revisar el texto de Lenin: "Sobre el folleto Junius".¹⁰

Lenin leyó y comentó el folleto Junius en julio de 1916. Tras reconocer que se trataba de un "espléndido trabajo marxista" desarrolló dos críticas al texto. La que consideró más importante es la menos relevante para nosotros —dado que la historia posterior la resolvió en la práctica—: Junius no era explícito en el zanjamiento con el oportunismo centrista (Kautsky), enfilaba exclusivamente contra el "ala derecha" del PSD. La motivación política de la crítica era la evaluación de que mientras no rompiese con el centrismo le iba a ser imposible al ala izquierda pasar a organizarse en partido autónomo.

La crítica más relevante plantea un tema que atravesará los debates y alineamientos de comunistas y socialistas a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI, la cuestión nacional, la posibilidad de movimientos de liberación nacional y la posición frente a ellos. Sin saberlo —dado que desconocía la identidad de la autora— Lenin daba continuidad al debate sobre la cuestión nacional que lo había enfrentado a Rosa en años previos.

La primera posición errónea de Junius se concreta en la quinta tesis del grupo Internationale: "En esta época (era) de imperialismo desatado ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sólo sirven de pretexto para poner a las masas trabajadoras populares bajo la dominación de su enemigo mortal, el imperialismo."

...

¹⁰ Revisar el texto aquí <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrasescogidas06-12.pdf>

Junius acierta plenamente al subrayar la influencia decisiva de la “atmósfera imperialista” de esta guerra, al decir que detrás de Serbia está Rusia, “detrás del nacionalismo servio está el imperialismo ruso”, y que la participación de, digamos, Holanda en la guerra sería igualmente imperialista, porque, en primer lugar, Holanda defendería sus colonias y, en segundo lugar, integraría una de las coaliciones imperialistas.

...

El único error sería, no obstante, exagerar esa verdad, distanciarse del requisito marxista de ser concreto, y aplicar el análisis de esta guerra a todas las guerras que puedan ocurrir bajo el imperialismo, ignorar los movimientos nacionales contra el imperialismo. El único argumento en defensa de la tesis “ya no puede haber guerras nacionales” es que el mundo ha sido repartido entre un pequeño grupo de “grandes” potencias imperialistas y por esta razón la guerra, aunque comience como guerra nacional, se transforma en guerra imperialista que afecta los intereses de una de las potencias o coaliciones imperialistas.

La falacia de este argumento es obvia. Que todas las líneas divisorias, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y dinámicas, que todo fenómeno, en ciertas circunstancias, puede transformarse en su contrario, es, desde luego, una de las leyes básicas de la dialéctica marxista. Una guerra nacional podría transformarse en una guerra imperialista y viceversa. Las guerras de la Gran Revolución Francesa, por ejemplo, comenzaron como guerras nacionales y lo fueron, en efecto. Fueron guerras revolucionarias: la defensa de la gran revolución contra la coalición de monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón fundó el Imperio Francés y sometió a una serie de estados nacionales europeos grandes, viables y bien establecidos, estas guerras nacionales de los franceses se transformaron en guerras imperialistas y a su vez provocaron guerras de liberación nacional contra el imperialismo napoleónico.

...

Es altamente improbable que la guerra imperialista actual de 1914-1916 se transforme en una guerra nacional, puesto que la clase progresiva es el proletariado, que lucha objetivamente por transformarla en una guerra civil contra la burguesía. También esto: no existen grandes diferencias entre las fuerzas de ambas coaliciones y el capital financiero ha creado una burguesía reaccionaria en todas partes. Pero no hay que proclamar la imposibilidad de que ocurra semejante transformación: si el proletariado europeo permanece impotente, digamos, durante veinte años; si esta guerra termina en victorias a lo Napoleón y en el sometimiento de varios estados nacionales viables; si la transición al socialismo del imperialismo no europeo (principalmente el norteamericano y el japonés) también se ve detenida durante veinte años por una guerra entre esos dos países, por ejemplo, entonces podría darse una gran guerra nacional europea. Esto provocaría un retroceso de décadas en Europa. Es improbable pero no imposible porque constituye un error teórico antidialéctico y anticientífico considerar que el curso de la historia universal es siempre parejo y marcha hacia adelante, sin algunos retrocesos gigantescos.

Además, las guerras libradas por las colonias y semicolonias en la era imperialista son no sólo probables, sino inevitables.

[El texto de Lenin, que no es muy largo, continúa con un despliegue de análisis histórico dialéctico, influido sin duda por el redescubrimiento de la dialéctica hegeliana en el aislamiento de su exilio suizo al estallar la guerra en agosto de 1914. Vale la pena leerlo]

Anexo 1

Segunda Conferencia - Literatura de Guerra¹¹

Las notas del autor:

LITERATURA de guerra. La prensa, instrumento bélico. Su función tóxica. Su calidad de instrumento capitalista. Su carencia de altas direcciones morales. El mito de la guerra de la Civilización contra la Barbarie, "Concluye la novela; comienza la historia", 'dijo Bernard Shaw. **In tempo di guerra piú bugie che terra.**

Causas económicas de la guerra: el desarrollo del industrialismo británico y el desarrollo del industrialismo alemán. La guerra económica entre Inglaterra y Alemania. La lucha por los mercados, por las colonias. Efectos del proteccionismo en la economía de los países europeos. La función de la finanzas internacional. Las rivalidades de los grupos capitalistas. Entonces cómo ahora una política de cooperación, de solidaridad económica, habría podido evitar la catástrofe. El fenómeno demográfico ocupa un puesto importante en los orígenes de la guerra. Palabras de Adriano Tilgher: página 106 de La Crisis Mundial, En un siglo la población europea pasó de 180 a 450 millones. El industrialismo, estímulo del crecimiento de la población. Reducción de las tres causas de despoblación: peste, hambre, guerra. Alemania, incomunicada, no podía alimentar a 70 millones de habitantes. Italia no podía permanecer neutral.

Causas políticas: El proceso de las causas de la guerra, según Bernard Shaw. La política y la posición tradicionales de Inglaterra, potencia insular. El desarrollo del poder naval de Alemania. Inglaterra, Francia y Bélgica se entienden. La alianza franco-rusa. Secreta inteligencia militar anglo-francesa. La violación de la neutralidad belga sacó a Inglaterra de un embarazo. Pero hay noticias y antecedentes que establecen la clase de compromiso existente entre Inglaterra y Francia. Si Inglaterra hubiese realmente querido evitar la guerra, dice Shaw, no habría tenido sino que anunciar que combatiría al lado de la nación atacada. La hipótesis de un lazo, de una trampa. Más verosímil es la hipótesis de la imposibilidad de que el gobierno inglés revelase su acuerdo militar con Francia. Luego, desde este punto de vista, la guerra resulta una consecuencia de la diplomacia francesa.

Otra causa: el revanchismo francés, el **Deutschlad uber alles** alemán. El nacionalismo europeo, en una palabra. Psicología de la pequeña burguesía francesa y de la burocracia alemana. Alemania se sentía desposeída al lado de naciones privilegiadas. Poincaré. El Kaiser. El Zar. Palabras de Lloyd George en el Parlamento británico; página 39 del libro de Cailleaux.

Otra causa: la paz armada. El equilibrio de las potencias. Existía en Europa una atmósfera inflamable.

La causa diplomática: el asesinato del heredero de Austria. La guerra ha podido estallar antes. En ocasión de la guerra ruso-japonesa y del incidente de Agadir de 1912. Palabras de Viviani a Rapoport: página 33 del libro de éste.

¹¹ Revisar el documento en:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/segunda%20conferencia.htm

Contraste de la organización capitalista. Necesita de la solidaridad internacional como condición de vida y fomenta el nacionalismo en oposición a la lucha de clases. Cómo se precipita a un pueblo a la guerra. La novela Clarté.

Guerra absoluta y guerra relativa. Guerra de naciones y guerra de ejércitos. El mito de la guerra democrática. La dirección de la opinión en Inglaterra, en Italia, Austria y Rusia, en tanto, no hubo un ideal que solidarizara al pueblo con la empresa militar de sus gobiernos respectivos.

La conducta de los partidos socialistas y las organizaciones sindicalistas. La posición de la Segunda Internacional. Las declaraciones de Stuttgart y Basilea. La cuestión técnica de los medios de evitar la guerra fue dejada al Congreso de Viena que debió reunirse en 1914. Antes sobrevino la guerra. La misión de Müller en Francia. La muerte de Jaures. El caso de Gustavo Hervé.

Por encima de la contienda. El manifiesto de los 93 intelectuales alemanes. El contramanifiesto del fisiólogo Nicolai, del físico Einstein, del filósofo Buek, del astrónomo Foesster, sorprendido este último por los 93 intelectuales. Romain Rolland.

Medite el proletariado en las causas de esta gran tragedia. Piense en que unos cuantos hombres y unos cuantos intereses han podido desencadenar una guerra que ha causado quince millones de muertos, que ha sembrado de odios Europa, que ha destruido tanta riqueza económica y que ha intoxicado deletéreamente el ambiente moral de Europa. Y que se diga el proletariado si vale la pena reconstruir la sociedad capitalista, reconstruir la sociedad burguesa, para que dentro de cuarenta o cincuenta años, antes tal vez, vuelva a encenderse en el mundo otra conflagración y a producirse otra carnicería.

Anexo 2

Tercera Conferencia – El Fracaso de la Segunda Internacional¹²

Las notas del autor:

NO omitiré la exposición del movimiento anarquista. No traeré ningún espíritu sectario. Creo oportuno ratificarme en estas declaraciones. Algunos compañeros temen que yo sea muy poco imparcial y muy poco objetivo en mi curso. Pero soy partidario antes que nada del frente único proletario. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Causa común contra el amarillismo. Antes que agrupar a los trabajadores en sectas o partidos agruparlos en una sola federación. Cada cual tenga su filiación, pero todo el lazo común del credo clasista. Estudiemos juntos las horas emocionantes del presente.

Completaremos el examen de la conducta de los partidos socialistas y sindicatos. Veremos cómo y por qué el proletariado fue impotente para impedir la conflagración.

La guerra encontró impreparada a la Segunda Internacional. No había aún programa de acción concreto, y práctico para asegurar la paz. Congreso de Stuttgart. Moción de Lenin y Rosa Luxemburgo:

«En el caso de que estalle una guerra, los socialistas están obligados a trabajar por su rápido fin y a utilizar la crisis económica y política provocada por la guerra para sacudir al pueblo y acelerar la caída de la dominación capitalista».

Pero en la Segunda Internacional había muy pocos Lenin y Rosa Luxemburgo.

Tres años después, el Congreso de Copenhague. Vaillant y Keir Hardi propusieron la huelga general. Se dejó la cuestión para Viena 1914.

En 1912 la situación grave obligó a la II Internacional a convocar un congreso extraordinario. Basilea 1912 noviembre. De este congreso salió un manifiesto. Y de nuevo se dejó la cuestión técnica para Viena, agosto de 1914.

Antes, Sarajevo. El Bureau Internacional de Bruselas convocó de urgencia para el 29 de julio a los partidos socialistas de Europa. Por Francia, Jaurés, Sembat, Vaillant, Guesde, Loguet. Por Alemania, Haase, Rosa Luxemburgo. Apresurar el congreso. París 9 de agosto en vez de Viena 23 de agosto. Declaración de la Oficina Internacional. Palabras de Jaurés en la noche del 29 de julio.

Dos días después Jaurés muerto. Muller en París, el 1º de agosto. Esterilidad de su misión. La guerra ya incontenible se desencadenó. El Congreso del 9 de agosto no pudo efectuarse. Páginas de *Claridad* describen con vivo color el ambiente de delirante patriotismo y nacionalismo. La mayoría ofuscada, contagiada por la atmósfera guerrera, marcial agresiva. La prensa y los intelectuales instigadores.

¹² Revisar el documento en:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/tercera%20conferencia.htm

¿Por qué la Internacional no pudo oponer una barrera a este desborde de pasión nacionalista? ¿Por qué la Internacional no pudo conservarse fiel a sus principios de solidaridad clasista? Veamos las circunstancias que dictaron la conducta socialista.

Declaración de los diputados alemanes en el parlamento el 4 de agosto. Catorce votos, contra.

Declaración de los socialistas franceses en el parlamento el 6 de agosto. En Francia, nación agredida, la adhesión fue más ardorosa, más viva.

La actitud de los demás partidos obreros. "De la Segunda a la Tercera Internacional".

La conducta de los socialistas italianos reclama especial mención. Manifestaron mayor lealtad al internacionalismo. El 26 de julio, manifiesto socialista. Lucha entre neutralistas e intervencionistas. Los fautores socialistas del intervencionismo. Arturo Labriola. Benito Mussolini. Anécdota de ambos.

Fórmula de los socialistas italianos: "Ni adherirse a la guerra ni sabotearla", Declaración socialista en la Cámara. La reunión de Zimmerwald en setiembre de 1915. Asistieron delegaciones alemana, francesa, italiana, rusa, polaca, balcánica, sueca, noruega, holandesa y suiza. Inglaterra negó los pasaportes. Lenin. El manifiesto de Zimmerwald primer despertar de la conciencia proletaria,

Pero este llamamiento no repercutía en todas las conciencias proletarias. Los fieles, en minoría. La unión sagrada. El frente único nacional. Tregua de la lucha de clases. Un solo partido: el de la defensa nacional.

Para asegurarse al proletariado, la burguesía le dio participación en el poder. Algunas concesiones al programa mínimo. La guerra exigía la mayor disciplina nacional posible. Libertades restringidas. Esta política pareció la inauguración de la era socialista. Guerra revolucionaria.

El Estado subsidiaba a las familias de los combatientes, ofrecía a bajo precio el pan y subvencionaba largamente a la industria. Trabajo abundante bien remunerado. Con esto se adormecía en las masas la idea de la injusticia social, se atenuaban los motivos de la lucha de clases. El proletariado no se fijaba en que esta prodigalidad del Estado acumulaba cargas para el porvenir. Concluida la guerra, los vencidos pagarían. Que el pueblo combatiese hasta el fin. Había que vencer.

Los aliados más que prédica de intereses, prédica de ideales. El pueblo inglés, creía combatir en defensa de los pueblos débiles. El pueblo francés contra la barbarie, la autocracia, el medioevalismo. El odio al boche.

La fuerza de los aliados consistió, precisamente, en estos mitos. Para los austro-alemanes, guerra militar. Para los aliados, guerra santa, cruzada por grandes y sacros ideales humanos. Los líderes, en gran parte, prestaron su concurso a esta propaganda. Adhesión efectiva de gran parte del proletariado. No hablaban sólo los políticos de la burguesía. En Austria y Alemania la adhesión era menos sólida. Guerra de defensa nacional. Las minorías pacifistas más fuertes. Liebknecht, etc., disponían de mayor ambiente. Alemania rodeada de enemigos. Sensación victoria. En nombre defensa nacional y esperanza victoria. Alemania disponía de argumentos suficientes.

Tóelas estas circunstancias hicieron que durante cuatro años los proletarios europeos se asesinasen los unos á los otros. Así fracasó la Segunda Internacional. La experiencia

enseña, que dentro de este régimen las guerras no son inevitables. La democracia capitalista, la paz armada, la política de equilibrio, la diplomacia secreta. Se incubaba permanentemente la guerra. Y el proletariado no puede hacer nada. Ahora la experiencia del conflicto franco-alemán. Pesan aún demasiados intereses y sentimientos nacionalistas.

Conforme a estas duras lecciones para combatir la guerra, no basta el grito de abajo la guerra. Grito de la II Internacional, de todos sus congresos, hasta de los pacifistas tipo Wilson. El grito del proletariado: Viva la sociedad proletaria. Pensemos en construirla.

Y la gran frase de Jaurés no debe apartarse de nuestro recuerdo:

«Hay que impedir que el espectro de la guerra salga cada seis meses de su sepulcro para aterrorizar al mundo».

Anexo 3

Transcripción Cuarta Conferencia – La intervención de Italia en la Guerra ¹³

Yo no olvido durante mis lecciones que este curso es, ante todo, un curso popular, un curso de vulgarización. Trato de emplear siempre un lenguaje sencillo y claro y no un lenguaje complicado y técnico. Pero, con todo, al hablar de tópicos políticos, económicos, sociales no se puede prescindir de ciertos términos que tal vez no son comprensibles a todos. Yo uso lo menos que puedo la terminología técnica; pero en muchos casos tengo que usarla, aunque siempre con mucha parquedad. Mi deseo es que esta clase sea accesible no sólo a los iniciados en ciencias sociales y ciencias económicas sino a todos los trabajadores de espíritu atento y estudioso. Y, por eso, cuando uso un léxico oscuro, cuando uso términos poco usuales en el lenguaje vulgar, lo hago con mucha medida. Y trato de que estos períodos de mis lecciones resulten, en el peor de los casos, paréntesis pasajeros, cuya comprensión no sea indispensable para seguir y asimilar las ideas generales del curso. Esta advertencia me parece útil, de una parte para que los iniciados en ciencias sociales y económicas se expliquen por qué, en muchos casos, no recorro a una terminología técnica que consentiría mayor concisión en la exposición de las ideas y en el comentario de los fenómenos; y de otra parte, para que los no iniciados en estos estudios se expliquen por qué, no obstante mi voluntad, no puedo en muchos casos emplear un lenguaje popular y elemental.

A los no iniciados debo recomendarles también que éstas son clases y no discursos. Por fuerza tienen que parecer a veces un poco áridas. En las anteriores conferencias, primero al examinar la mentalidad de ambos grupos beligerantes y, luego, al examinar la conducta de los partidos socialistas y organizaciones sindicales, hemos determinado el carácter de la guerra mundial.

Y hemos visto por qué sus más profundos comentaristas la han llamado guerra absoluta. Guerra absoluta, esto es guerra de naciones, guerra de pueblos y no guerra de ejércitos. Adriano Tilgher llega a la siguiente conclusión: “La guerra absoluta ha sido vencida por aquellos gobiernos que han sabido conducirla con una mentalidad adecuada, dándole fines capaces de resultar mitos, estados de ánimo, pasiones y sentimientos populares. En este sentido nadie más que Wilson, con su predicación quáquero democrática ha contribuido a reforzar los pueblos de la Entente en la persuasión inconvencible de la justicia de su causa y en el propósito de continuar la guerra hasta la victoria final. Quien, en cambio, ha conducido la guerra absoluta con mentalidad de guerra diplomática o relativa o ha sido vencido (Rusia, Austria, Alemania) o ha corrido gran riesgo de serlo (Italia)”.

Esta conclusión de Adriano Tilgher define muy bien la significación principal de la intervención de los Estados Unidos, así como la fisonomía de la guerra italiana. Me ha parecido, por esto, oportuno, citarla al iniciar la clase de esta noche, en la cual nos ocuparemos, primeramente, de la intervención italiana y de la intervención norteamericana.

Italia intervino en la guerra, más en virtud de causas económicas que en virtud de causas diplomáticas y políticas. Su suelo no le permitía alimentar con sus propios productos agrícolas sino, escasamente, a dos tercios de su población. Italia tenía que

¹³ Revisar el documento en: [\[Cuarta Conferencia\] La intervención de Italia en la Guerra - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariategui.org\)](#)

importar el trigo y otros artículos indispensables a un tercio de su población. Y tenía, al mismo tiempo, que exportar las manufacturas, las mercaderías, los productos de su trabajo y de su industria en proporción suficiente para pagar ese trigo y esos artículos alimenticios y materias primas que le faltaban. Por consiguiente, Italia estaba a merced, como está también hoy, de la potencia dueña del dominio de los mares. Sus importaciones y sus exportaciones, indispensables a su vida, dependían, en una palabra, de Inglaterra.

Italia carecía de libertad de acción. Su neutralidad era imposible. Italia no podía ser, como Suiza, como Holanda, una espectadora de la guerra. Su rol en la política europea era demasiado considerable para que, desencadenada una guerra continental, no la arrastrase. No habiéndose puesto al lado de los austro-húngaros, era inevitable para Italia ponerse al lado de los aliados. Italia era una verdadera prisionera de las naciones aliadas.

Estas circunstancias condujeron a Italia a la intervención. Las razones diplomáticas eran, comparativamente, de menor cuantía. Probablemente no habrían bastado para obligar a Italia a la intervención. Pero sirvieron, por supuesto, para que los elementos intervencionistas crearan una corriente de opinión favorable a la guerra. Los elementos intervencionistas eran en Italia de dos clases. Los unos se inspiraban en ideales nacionalistas y revanchistas y veían en la guerra ocasión de reincorporar a la nación italiana los territorios irredentos de Trento y Trieste. Veían, además, en la guerra, una aventura militar, fácil y gloriosa, destinada a engrandecer la posición de Italia en Europa y en el mundo. Los otros elementos intervencionistas se inspiraban en ideales democráticos, análogos a los que más tarde patrocinó Wilson, y veían en la guerra una cruzada contra el militarismo prusiano y por la libertad de los pueblos. El gobierno italiano tuvo en cuenta los ideales de los nacionalistas al concertar la intervención de Italia en la guerra.

Entre los aliados e Italia se suscribió el pacto secreto de Londres. Este pacto secreto, este célebre Pacto de Londres, publicado después por los bolcheviques, establecía la parte que tocaría a Italia en los frutos de la victoria. Este pacto, en suma, empequeñecía la entrada de Italia en la guerra. Italia no intervenía en la guerra en el nombre de un gran ideal, en el nombre de un gran mito, sino en el nombre de un interés nacional. Pero ésta era la verdad oculta de las cosas. La verdad oficial era otra. Conforme a la verdad oficial, Italia se batía por la libertad de los pueblos débiles, etc. En una palabra, para el uso interno se adoptaban las razones de los intervencionistas nacionalistas y revanchistas; para el uso externo se adoptaban las razones de los intervencionistas democráticos. Y se callaba la razón fundamental: la necesidad en que Italia se encontraba o se hallaba de intervenir en la contienda, en la imposibilidad material de permanecer neutral. Por eso dice Adriano Tilgher que, en un principio, la guerra italiana fue conducida con mentalidad de guerra relativa, de guerra diplomática. Las consecuencias de esta política se hicieron sentir muy pronto.

Durante la primera fase de la guerra italiana, hubo en Italia una fuerte corriente de opinión neutralista. No solamente eran adversos a la guerra los socialistas. También lo eran los giolittianos, Giolitti y sus partidarios, o sea un numeroso grupo burgués. Justamente la existencia de este núcleo de opinión burguesa neutralista consintió a los socialistas actuar con mayor libertad, con mayor eficacia, dentro de un ambiente menos asfixiantemente bélico que los socialistas de los otros países beligerantes. Los socialistas aprovecharon de esta división del frente burgués para afirmar la voluntad pacifista del proletariado.

La 'unión sagrada', la fusión de todos los partidos en uno solo, el Partido de la Defensa Nacional, no era, pues, completa en Italia. El pueblo italiano no sentía

unánimemente la guerra. Fueron estas causas políticas, estas causas psicológicas, más que toda causa militar, las que originaron la derrota de Caporetto, la retirada desastrosa de las tropas italianas ante la ofensiva austro-alemana. Y la prueba de esto lo tenemos en la segunda fase de la guerra italiana. La 'unión sagrada', la fusión de todos los partidos en uno solo, el Partido de la Defensa Nacional, no era, pues, completa en Italia. El pueblo italiano no sentía unánimemente la guerra. Fueron estas causas políticas, estas causas psicológicas, más que toda causa militar, las que originaron la derrota de Caporetto, la retirada desastrosa de las tropas italianas ante la ofensiva austro-húngara. Y la prueba de esto lo tenemos en la segunda fase de la guerra italiana. Después de Caporetto, hubo una reacción en la política, en la opinión italiana. El pueblo empezó a sentir de veras la necesidad de empeñar en la guerra todos sus recursos. Los neutralistas giolittianos se adhirieron a la 'unión sagrada'. Y desde ese momento no fue ya sólo el ejército italiano, respaldado por un gobierno y una corriente de opinión intervencionista, quien combatió contra los austroalemanes. Fue casi todo el pueblo italiano. La guerra dejó de ser para Italia guerra relativa. Y empezó a ser guerra absoluta.

Comentadores superficiales que atribuyeron a la derrota de Caporetto causas exclusivamente militares, atribuyeron luego a la reacción italiana causas militares también. Dieron una importancia exagerada a las tropas y a los recursos militares enviados por Francia al frente italiano. Pero la historia objetiva y documentada de la guerra italiana nos enseña que estos refuerzos fueron, en verdad, muy limitados y estuvieron destinados, más que a robustecer numéricamente el ejército italiano, a robustecerlo moralmente. Resulta, en efecto, que Italia, en cambio de los refuerzos franceses recibidos, envió a Francia algunos refuerzos italianos. Hubo canje de tropas entre el frente italiano y el frente francés. Todo esto tuvo una importancia secundaria en la reorganización del frente italiano. La reacción italiana no fue una reacción militar; fue una reacción moral, una reacción política.

Mientras fue débil el frente político italiano, fue débil también el frente militar. Desde que empezó a ser fuerte el frente político, empezó a ser fuerte también el frente militar. Porque, así en este aspecto de la guerra mundial, como en todos sus otros grandes aspectos, los factores políticos, los factores morales, los factores psicológicos tuvieron mayor trascendencia que los factores militares.

La confirmación de esta tesis la encontraremos en el examen de la eficacia de la intervención americana. Los Estados Unidos aportaron a los aliados no sólo un valioso concurso moral y político. Los discursos y las proclamas de Wilson debilitaron el frente alemán más que los soldados norteamericanos y más que los materiales de guerra norte-americanos. Así lo acreditan los documentos de la derrota alemana. Así lo establecen varios libros autorizados, entre los cuales citaré, por ser uno de los más conocidos, el libro de Francisco Nitti "Europa sin paz". Los discursos y las proclamas de Wilson socavaron profundamente el frente austro-alemán. Wilson hablaba del pueblo alemán como de un pueblo hermano. Wilson decía: "Nosotros no hacemos la guerra contra el pueblo alemán, sino contra el militarismo prusiano". Wilson prometía al pueblo alemán una paz sin anexiones ni indemnizaciones. Esta propaganda, que repercutió en todo el mundo, creando un gran volumen de opinión en favor de la causa aliada, repercutió también en Alemania y Austria. El pueblo alemán sintió que la guerra no era ya una guerra de defensa nacional. Austria, naturalmente, fue conmovida mucho más que Alemania por la propaganda wilsoniana. La propaganda wilsoniana estimuló en Bohemia, en Hungría, en todos los pueblos incorporados por la fuerza al Imperio Austro-Húngaro, sus antiguos ideales de independencia nacional. Los efectos de este debilitamiento del frente político alemán y del frente político austríaco tenían que manifestarse, necesariamente, a renglón seguido del primer quebranto militar. Y así fue. Mientras el gobierno alemán y el gobierno austríaco pudieron mantener con vida la esperanza de la victoria, pudieron, también, conservar la adhesión de sus pueblos a la

guerra. Apenas esa esperanza empezó a desaparecer las cosas cambiaron. El gobierno alemán y el gobierno austríaco perdieron el control de las masas, minadas por la propaganda wilsoniana.

La ofensiva de los italianos en el Piave encontró un ejército enemigo poco dispuesto a batirse hasta el sacrificio. Divisiones enteras de checo-eslavos capitularon. El frente austríaco se deshizo. Y este desastre militar y moral resonó inmediatamente en el frente alemán. El frente alemán estaba, no obstante la vigorosa ofensiva alemana, militarmente intacto. Pero el frente alemán estaba, en cambio, política y moralmente quebrantado y franqueado. Hay documentos que describen el estado de ánimo de Alemania en los días que precedieron a la capitulación. Entre esos documentos citaré las Memorias de Ludendorff, las Memorias de Hindenburg y las Memorias de Erzberger, el líder del centro católico alemán, asesinado por un nacionalista, por su adhesión a la revolución y a la República Alemana y a la paz de Versalles. Tanto Ludendorff como Hindenburg y como Erzberger nos enteran de que el Káiser, considerando únicamente el aspecto militar de la situación, alentó hasta el último momento la esperanza de una reacción del ejército alemán que permitiese obtener la paz en las mejores condiciones. El Káiser pensaba: "Nuestro frente militar no ha sido roto". Quienes lo rodeaban sabían que ese frente militar, inexpugnable aparentemente al enemigo, estaba ganado por su propaganda política. No había sido aún roto materialmente; pero sí invalidado moralmente. Este frente militar no estaba dispuesto a obedecer a sus generalísimos y a su gobierno. En las trincheras germinaba la revolución.

Hasta ahora los alemanes pangermanistas, los alemanes nacionalistas afirman orgullosamente: "Alemania no fue vencida militarmente". Es que esos pangermanistas, esos nacionalistas, tienen el viejo concepto de la guerra relativa, de la guerra militar, de la guerra diplomática. Ellos no ven del cuadro final de la guerra sino lo que el Káiser vio entonces: el frente militar alemán intacto. Su error es el mismo error de los comentaristas superficiales que vieron en la derrota italiana de Caporetto únicamente las causas militares y que vieron, más tarde, en la reorganización del frente italiano, únicamente causas militares. Esos nacionalistas, esos pangermanistas, son impermeables al nuevo concepto de la guerra absoluta. Poco importa que la derrota de Alemania no fuese una derrota militar. En la guerra absoluta la derrota no puede ser una derrota militar sino una derrota al mismo tiempo política, moral, ideológica, porque en la guerra absoluta los factores militares están subordinados a los factores políticos, morales e ideológicos. En la guerra absoluta la derrota no se llama derrota militar, aunque no deje de serlo; se llama derrota, simplemente. Derrota sin adjetivo, porque su definición única es la derrota integral.

Los grandes críticos de la guerra mundial no son, por esto, críticos militares. No son los generalísimos de la victoria ni los generalísimos de la derrota. No son Foch ni Hindenburg, Díaz ni Ludendorff. Los grandes críticos de la guerra mundial, son filósofos, políticos, sociólogos. Por primera vez la victoria ha sido cuestión de estrategia ideológica y no de estrategia militar. Desde ese punto de vista, vasto y panorámico, puede decirse, pues, que el generalísimo de la victoria ha sido Wilson. Y este concepto resume el valor de la intervención de los Estados Unidos.

No haremos ahora el examen del programa wilsoniano; no haremos ahora la crítica de la gran ilusión de la Liga de las Naciones. De acuerdo con el programa de este curso, que agrupa los grandes aspectos de la crisis mundial, con cierta arbitrariedad cronológica, necesaria para la mejor apreciación panorámica, dejaremos estas cosas para la clase relativa a la paz de Versalles. Mi objeto en esta clase ha sido sólo el de fijar rápidamente el valor de la intervención de los Estados Unidos como factor de la victoria de los aliados. La ideología de la intervención americana, la ideología de Wilson, requiere examen aparte. Y este examen particular tiene que ser conectado con el

examen de la paz de Versalles y de sus consecuencias económicas y políticas. Hoy dedicaremos los minutos que aún nos quedan al estudio de aquel otro trascendental fenómeno de la guerra: la revolución rusa y la derrota rusa. Echaremos una ojeada a los preliminares y a la fase social-democrática de la revolución rusa. Veremos cómo se llegó al gobierno de Kerensky.

En la conferencia anterior, al exponer la conducta de los partidos socialistas de los países beligerantes, dije cuál había sido la posición de los socialistas rusos frente a la conflagración. En Rusia, la mayoría del movimiento obrero y socialista fue contraria a la guerra. El grupo acaudillado por Plejanov no creía que la victoria robustecería el zarismo; pero la mayoría socialista y sindicalista comprendió que le tocaba combatir en dos frentes: contra el imperialismo alemán y contra el zarismo. Muchos socialistas rusos fueron fieles a la declaración del Congreso de Stuttgart que fijó así el deber de los socialistas ante una guerra: trabajar por la paz y aprovechar de las consecuencias económicas y políticas de la guerra para agitar al pueblo y apresurar la caída del régimen capitalista.

El gobierno zarista, es casi inútil decirlo, conducía la guerra con el criterio de guerra relativa, de guerra militar, de guerra diplomática. La guerra rusa no contaba con la adhesión sólida del pueblo ruso. El frente político interno era en Rusia menos fuerte que en ningún otro país beligerante. Rusia fue, sin duda, por estas razones, la primera vencida. Dentro de la burguesía rusa había elementos democráticos y pacifistas inconciliables con el zarismo. Y dentro de la corte del Zar había conspiradores germanófilos que complotaban en favor de Alemania. Todas estas circunstancias hacían inevitables la derrota y la revolución rusas.

Un interesante documento de los días que precedieron a la revolución es el libro de Mauricio Paleologue, "La Rusia de los Zares durante la Gran Guerra". Mauricio Paleologue era el embajador de Francia ante el Zar. Fue un explorador cercano de la caída del absolutismo ruso. Asistió a este espectáculo desde un palco de "avant scene".

Las páginas del libro de Mauricio Paleologue describen el ambiente oficial ruso del período de incubación revolucionaria. Los hombres del zarismo presintieron anticipadamente la crisis. La presintieron igualmente los representantes diplomáticos de las potencias aliadas. Y el empeño de unos y otros se dirigió no a conjurarla, porque habría sido vano intento, sino a encauzarla en la forma menos dañina a sus respectivos intereses. Los embajadores aliados en Petrogrado trataban con los miembros aliadófilos del régimen zarista y con los elementos aliadófilos de la democracia y de la social-democracia rusas. Paleologue nos cuenta cómo en su mesa comían Milukoff, el líder de los cadetes, y otros líderes de la democracia rusa. El régimen zarista carecía de autoridad moral y de capacidad política para manejar con acierto los negocios de la guerra. Cerca de la Zarina intrigaba una camarilla germanófila. La Zarina, de temperamento místico y fanático, era gobernada por el monje Rasputín, por aquella extraña figura, alrededor de la cual se tejieron tantas leyendas y se urdieron tantas fantasías. El ejército se hallaba en condiciones morales y materiales desastrosas. Sus servicios de aprovisionamiento, amunicionamiento, transporte, funcionaban caóticamente. El descontento se extendía entre los soldados. El Zar, personaje imbécil y medioeval, no permitía ni tampoco percibía la vecindad de la catástrofe. Dentro de esta situación se produjo el asesinato del monje Rasputín, favorito de la Zarina, papa negro del zarismo. El Zar ordenó la prisión del príncipe Dimitri, acusado del asesinato de Rasputín. Y comenzó entonces un conflicto entre el Zar y los personajes aliadófilos de la Corte que, avisadamente, presentían los peligros y las amenazas del porvenir. La nobleza demandó la libertad del príncipe Dimitri. El Zar se negó diciendo: 'Un asesinato es siempre un asesinato'. Eran días de gran inquietud para la aristocracia rusa, que arrojaba sobre la Zarina la responsabilidad de la situación. Algunos parientes del Zar se

atreveron a pedirle el alejamiento de la Zarina de la Corte. El Zar resolvió tomar una actitud medioevalmente caballeresca e hidalga. Pensó que todos se confabulaban contra la Zarina porque era extranjera y porque era mujer. Y resolvió cubrir las responsabilidades de la Zarina con su propia responsabilidad. La suerte del Imperio Ruso estaba en manos de este hombre insensato y enfermo. La Zarina, alucinada y delirante, dialogaba con el espíritu de Rasputín y recogía sus inspiraciones. El monje Rasputín, a través de la Zarina, inspiraba desde ultratumba al Zar de todas las Rusias. No había casi en Rusia quien no se diese cuenta de que una crisis política y social tenía necesariamente que explotar de un momento a otro.

Vale la pena relatar una curiosa anécdota de la corte rusa. Paleologue, el embajador francés, y su secretario, estuvieron invitados a almorzar el 10 de enero de 1917, el año de la revolución, en el palacio de la gran duquesa María Pawlova. Paleologue y su secretario subieron la regia escala del palacio. Y al entrar en el gran salón no encontraron en él sino a una dama de honor de la gran duquesa: la señorita Olive. La señorita Olive, de pie ante la ventana del salón, contemplaba pensativamente el panorama del Neva, en el cual se destacaban la catedral de San Pedro y San Pablo y las murallas de la Fortaleza, la prisión del Estado. Paleologue interrumpió cortésmente a la señorita Olive: “Yo acabo de sorprender, si no vuestros pensamientos, al menos la dirección de vuestros pensamientos. Me parece que Ud. mira muy atentamente la prisión”. Ella respondió: “Sí; yo contemplaba la prisión. En días como éstos no puede uno guardarse de mirarla”. Y luego agregó, dirigiéndose al secretario: “Señor de Chambrun, cuando yo esté allá, enfrente, sobre la paja de los calabozos, ¿vendrá Ud. a verme?”. La joven dama de honor, probablemente lectora voluptuosa y espeluznada de la historia de la Revolución Francesa, preveía que a la nobleza rusa le estaba deparado el mismo destino de la nobleza francesa del siglo dieciocho y que ella como, en otros tiempos, otras bellas y elegantes y finas damas de honor, estaba destinada a una trágica y sombría residencia en un calabozo de alguna Bastilla tétrica. Los días de la autocracia rusa estaban contados. La aristocracia y la burguesía trabajaban porque la caída del zarismo no fuese también su caída. Los representantes aliados trabajaban porque la transición del régimen zarista a un régimen nuevo no trajese un período de anarquía y de desorden que invalidase a Rusia como potencia aliada. Indirectamente, la aristocracia divorciada del Zar, la burguesía y los embajadores aliados no hacían otra cosa que apresurar la revolución. Interesados en canalizar la revolución, en evitar sus desbordes y en limitar su magnitud, contribuían todos ellos a acrecentar los gérmenes revolucionarios. Y la revolución vino. El poder estuvo fugazmente en poder de un príncipe de la aristocracia aliadófila. Pero la acción popular hizo que pasara en seguida a manos de hombres más próximos a los ideales revolucionarios de las masas. Se construyó, a base de socialistas revolucionarios y de mencheviques, el gobierno de coalición de Kerensky. Kerensky era una figura anémica del revolucionarismo ruso. Miedoso de la revolución, temeroso de sus extremas consecuencias, no quiso que su gobierno fuera un gobierno exclusivamente obrero, exclusivamente proletario, exclusivamente socialista. Hizo, por eso, un gobierno de coalición de los Socialistas Revolucionarios y de los mencheviques con los kadetes y los liberales. Dentro de este ambiente indeciso, dentro de esta situación vacilante, dentro de este régimen estructuralmente precario y provisional, fue germinada, poco a poco, la Revolución Bolchevique. En la próxima clase veremos cómo se preparó, cómo se produjo este gran acontecimiento, hacia el cual convergen las miradas del proletariado universal, que por encima de todas las divisiones y de todas las discrepancias de doctrina contempla, en la Revolución rusa, el primer paso de la humanidad hacia un régimen de fraternidad, de paz y de justicia.